



Jorge Boccanera:

La Mujer

EL DUENDE saluda alborozado hoy el centenario natal del enorme poeta épico



El escritor Jorge Boccanera nos narra la historia de «Tango del uludo», uno de los primeros poemas de Pablo Neruda, que reproducimos en la página 2 de este suplemento.

El chubasco hoy en Rangún es el mismo que ayer en Temuco, como son iguales los hombres en cualquier lugar del planeta, estén vestidos como él, de traje blanco y sombrero cucalón, o con túnicas color azafrán como aquellos que llenan las calles birmanas, doblado sobre su asiento escucha llover en silencio. Arriba de su cabeza sobrenada el humo del enorme cigarro que fuma una mujer tendida en una esterilla. Es Josie Bliss, la pantera birmana, y aunque Rangún significa «lugar donde se acaban los peligros», hay cierto aire amenazante en esos ojos charolados y vivos que semejan un avispero. La había encontrado en el muelle, «el sol pegaba en ella como en una herradura» escribió ese mismo día, y unió el azar con el sino trágico como si juntara las puntas de un pañuelo: «caminamos juntos a sumergirnos / en el placer amargo de los desesperados».

A sus veintitrés años, Pablo Neruda está en un interregno. Rangún es un punto de partida. En el cruce de ese aguacero, el joven provinciano fragua la marca de su osadía poética y la entraña de su temperamento. Un documento ajado lo acredita como cónsul con un sueldo fantasma en la capital de Birmania, donde sella documentos aduaneros que acreditan el envío a Chile de cargamentos de té y parafina sólida. Cada cuatro meses llega un barco de Calcuta y se repite la consabida operación. ¿Para eso había viajado tanto? Después de todo, por algún lado debía comenzar el itinerario serpenteante de su vida, motivado por la pasión de explorar los mundos que existen bajo este mundo. En 1927 había salido de Chile rumbo a Buenos Aires en un derrotero de cruces en los mapas -Portugal, España, Francia- que, tras el Mediterráneo, culminó en una hilera de palmeras africanas. Del Chile austral a

Djibouti, el país más caliente de la Tierra, de Chile a Sumarra, de Santiago a Ceilán. El poeta se está buscando y ése es un buen inicio. A tantos kilómetros de Temuco encuentra imágenes de infancia; no es de extrañarse que en cualquier momento se tope con Exmeli, el médico pirata que inspiró a Salgari en sus historias, pobladas de tigres y filibusteros en la Malasia.

Pero no sólo el paisaje es diferente; ha cambiado una urdimbre de amigos y familiares por una soledad sin orillas, y en asuntos del corazón da un salto de lo medroso a lo temerario. La razón de esto último es esa Josie Bliss enfundada en una túnica blanca y fumando un puro. La pantera birmana mueve en el aire un pie desnudo; delicada y brutal, tierna y salvaje, sabe acariciar a su Pablo como si le inventara otra piel; sabe hablarle en una lengua cantarina y llevarlo de la mano por mercados y templos. Se comporta como una reina y como toda soberana pide lealtad, no subordinación, sino acatamiento tácito a una fidelidad absoluta a la que presta vigilancia. Para el poeta es una mujer perfecta, salvo ese detalle, los extremados, exagerados, celos. Por esa grieta van a filtrarse la furia, el recelo, la sospecha.

Por momentos, la estación de las lluvias en Rangún, que se extiende de mayo a octubre, lava todos esos rostros, deshace esa suma de identidades hasta dejarle el Nefthalí original, su nombre y el de su madre muerta. Abrazándolo por el cuello, la pantera birmana, la «maligna», dice que cuando ella muera su familia arrojará sus restos a las aguas del río Irawady. Con su frente apoyada en el pecho del poeta, con trabajo trata de deletrear el Nefthalí Ricardo Eliécer Reyes. Tampoco esa nativa birmana se llama como dice; Josie Bliss es apenas un seudónimo inglés, la impronta del colonizador que Neruda rechaza, la huella del británico imperial que vela su santidad en hoteles y clubes exclusivos.

Josie es la desnudez y la ferocidad de la entrega. Al fondo de su noche abre las alas un pavo real. Posea, cimbra entre los brazos del poeta al tiempo que descarga una collar de palabras en una lengua que él desconoce. Los ojos bien abiertos, como si se lanzara desde una pendiente, muestra su corazón agitado, bañado en ácidos del delirio y la cólera. Su cuerpo se tensa y se arquea como la hoja de una daga filosa que el joven chileno sujeta con fuerza. En el aire sofocante de la casa flotan jadeos, resoplidos, voces rotas y rezos astillados.

Los dos han quedado exhaustos sobre la cama. Por la tarde, cuando ella abre los párpados, lo encuentra leyendo lo de siempre, novelas de Lawrence y algunas policiales. El tiempo allí es remiso, como si la lluvia pudiese dilatarlo aún más. Josie se incorpora y se arregla el pelo azabache; adelante la cabeza para cepillárselo y busca con la mirada su túnica roja. Cuando sale del baño ya está vestida, sólo faltan los brazaletes de ámbar. Su sonrisa deja al descubierto una hermosa dentadura nacarada: cada vez que sonríe de ese modo, el poeta sabe que es una invitación a recorrer las calles de la ciudad. Salen y caminan de la mano, ella dos pasos delante. Cruzan por callejuelas estrechas repletas de gente, abordan un ricksha tirado por un nativo silencioso, bajan y siguen a pie hasta un mercado atestado de fragancias desconocidas. Josie sigue con atención los diferentes rostros de asombro del poeta, compenetrado en saber el origen y la utilidad de los objetos más extraños. La miseria es la marca de las calles de ese Rangún que el chileno trata de capturar entre el desconcierto y la fascinación. Lo mejor y lo peor del mundo conviven en ese punto, donde la indigencia más atroz pasa por la puerta de templos con paredes laminadas en oro. Recorren luego la calle de los leprosos hasta llegar a la pagoda de Shwedagon, construida dos mil quinientos años atrás, con cúpulas doradas que se recortan contra un cielo turquesa.

Josie Bliss duerme profundamente. Neruda se dispone a recostarse, aunque primero toma la precaución de colocar el mosquitero que lo